

sociológica— como lo fue el tango, el folklore urbano nacido en Montevideo y/o Buenos Aires.

En la trama de *La Gaznápira* lo que está presente es un costumbrismo desde el asfalto. Un costumbrismo aún rural, por lo que la contribución a un posible costumbrismo urbano está alejada de toda sospecha. La nostalgia ocupa un papel de importancia relevante, ya que sirve de soporte, esqueleto en el cual se asienta el ágil corpus de esta novela de Andrés Berlanga. Toda una lucha interior acompaña a la protagonista a lo largo de la obra, pero es una lucha en la que no aparece el fantasma de la contradicción sino más bien el propósito de reflexionar sobre sí misma y el mundo que la rodea. Y no es el mundo entendido como ente físico, es decir, lo que directamente atañe a la vida de quien desempeña el papel de protagonista, sino el sentido real y profundo de la vida. El para qué se vive y se lucha, comprobando a cada paso dado que el esfuerzo y la voluntad son una buena inversión y que cada vez se pueda dar más de lo que se tiene dentro.

Gaznápiro-a es un término que el diccionario define como sinónimo de torpeza. Un palurdo también podría ser un gaznápiro. Berlanga rescata este vocablo en desuso y coloca como título a su novela, encarnándolo en el personaje principal, que bien vistas las cosas, no tiene nada de gaznápira. El apelativo le viene dado a Sara Agudo —mujer que recuerda los días de su infancia y que hace el ya famoso *balance* que suelen establecer algunos al llegar a los cuarenta años— cuando de niña ve cómo se opaca la vida del Herrero del pueblo, quien para Sara es como si de un abuelo se tratara. El herrero en cuestión (ahora con minúscula) le da en herencia unos espejuelos a la niña y ésta, torpemente, no consigue asirlos para alcanzárselos al viejo. Entonces éste la llama gaznápira. Inmediatamente, el tratamiento, junto con los espejuelos, forman conjuntamente la herencia, lo que sin lugar a dudas sirve de factor determinante para que Sara Agudo se plantee un papel en la vida.

Y es aquí donde nace el conflicto. ¿Qué es la vida? ¿Vegetar simplemente en un pueblo donde no hay otra salida que ser algún día la del Moisés, la del Cristóbal o la del... alguno de los otros mozos disponibles? De acuerdo que no es despreciable del todo ocupar el puesto que un día tuvieron mamá y la abuela; rechazarlo de plano sería como no reconocer su encomiable labor en la vida. Pero Sara Agudo, la gaznápira, es de la generación de la posguerra española, que sí alcanzó a sufrir las privaciones y se acuerda muy bien de la obligada receta de lentejas; pero de un momento a otro y al compás de las primeras menstruaciones y al nacimiento de las redondeces, Sara descubre la televisión y el frigorífico y muchas más cosas que se encuentran en la capital. El pueblo, como el herrero un día, como papá y la abuela otro, morirá y casi desaparecerá; sólo será un montón de ruinas, una aldea polvorienta para venir a evocar los años de la infancia. De allí hay que salir. A la gaznápira le han llamado desde siempre la atención los papeles de noticias y un buen día se le mete entre ceja y ceja que ella, una mujer, puede también escribir en ellos.

La Villa y Corte va dejando de ser el pueblo manchego que un día (bueno o malo) se le dio por meterse a capital de imperio; luego a sede burocrática, donde de los cuatro puntos de España se venía a comprar una póliza. Más o menos cataplasmadas las heridas de la guerra, se propone a ser una gran ciudad, centro comercial y

financiero que no desdiga en nada su condición de capital. La rivalidad con Barcelona está planteada en todos los aspectos, ya no se podrá decir que en Madrid solamente funcionan ministerios y los parásitos que los habitan. Bancos, muchos bancos, comercios y fábricas atestiguan lo contrario. Las Castillas se despueblan aún más y los antaños pequeños municipios del cinturón superan en población a muchas capitales de provincia. Son los años del desarrollo (o desarrollismo, según los gustos) y lo cierto es que hay oportunidades... no siempre para todos, pero las hay. Y en la vida de la gznápira niña se sucede el milagro. Hay una tía que tiene un próspero negocio de lechería en la capital y quiere llevarse a la moza para que le ayude. El padre (la madre murió años ha de susto en el curso de una tormenta seca) está de acuerdo. La interesada no dice nada de momento. Tiene que aceptarlo, pues es la solución que se les ha ocurrido, después que Sara tuviera un incidente con una inspectora de educación que vino a cerrar para siempre la escuela de Monchel pues no había a quién meter en ella. La esponja de la cabeza de partido, Molina de los Condes, y más allá la capital, lo absorbían todo. El hecho es que lo esperado por Sara acaba de ocurrir, aunque de forma fortuita. La vida ha comenzado a desdoblarse, a tener dos o varios sentidos a la vez, pues la raigambre que marca a todo provinciano, está presente en Sara Agudo, como una marca gravada en su piel al rojo vivo.

La joven se va convirtiendo en mujer, estudia, se proyecta hacia el futuro, se transforma en puntillosa y afamada periodista. Sale en la televisión, codeándose con las grandes firmas y es el orgullo de Monchel y de toda la comarca. Cuando llega es todo un acontecimiento su visita. Los pocos habitantes que quedan comprueban el progreso de la que vieron partir un día niña y despistada. Ella, por su parte, va encajando los acontecimientos con madurez e inteligencia, sin pizca de vanagloria ante hechos que en el fondo considera normales y hasta simples. Sin plantearse una reflexión del todo profunda acerca del puesto de la mujer en la sociedad, Sara se preguntó en su momento el porqué no podría llegar a ser directora de un gran diario y hasta generarla de la Guardia Civil. Sólo un ejemplo; también cabría la posibilidad de hacerse con la presidencia del Gobierno. A medida que pasa el tiempo y se van cumpliendo etapas, esta gznápira, que no lo es en absoluto, se demuestra a sí misma lo que vale como persona y las posibilidades que se le abren por mor de su inteligencia y aptitudes. No ha tenido que acostarse con nadie para escalar posiciones; ni utilizar recomendaciones e influencias por el simple hecho que no puede procurárselas. A base de talento va llegando a donde quiere. Y todo esto, para ella, es absolutamente normal. Como si desde siempre para la mujer no hubiera sido tabú lo mismo que los hombres. Sara Agudo no se asombra ante el espectáculo que desfila ante sus ojos, ni rinde pleitesía al dios del progreso. Para ella todo es consecuencia del trabajo.

La relación con el otro sexo es algo que toma cariz neutro tan pronto como se van sucediendo los acontecimientos. Cuando descubre que las mujeres sí pueden hacer las mismas cosas que los hombres, no se revuelve Sara Agudo contra ellos como podría muy bien imaginárselo el lector que lee las páginas de Berlanga. Y es que Sara se ha propuesto siempre verlos como seres normales, ni más o menos. El que hayan estado en situación de prepotencia con respecto a las mujeres durante toda la vida, es un accidente que ella no entra a analizar, tal vez achacárselo a esas cosas del

acontecer humano que no merecen otro calificativo que el misterio. El herrero que centra los primeros capítulos de la obra es algo así como un segundo padre de la gaznápira. Más que el propio, podríamos arriesgarnos a decir, ya que la niña crea con la personalidad del viejo al héroe que involuntariamente tienen los niños en sus padres. Las cosas que cuenta el herrero, esas historias ciertas o inventadas, le parecen a la gaznápira argumentos mejor elaborados que los sermones simples y tontones del cura en el púlpito. El herrero es todo para ella desde el punto de vista paternal; pero va a tener una prolongación más allá de su muerte en la vida de Sara, ya que es el padre de Moisés, su gran amor, y en donde se podría advertir una especie de relevo amoroso, de lo paternal a lo carnal que se sucede del progenitor al hijo. Moisés es la viva imagen del padre y por quien late el corazón de Sara. Pero el mozo jamás tendrá la deferencia de decirle nada, ni siquiera en intentar sobrepasarse un pelín con la gaznápira cuando están a solas. Ese ver a los hombres como algo normal, acaso seres indignos de admirar o reprobar, sino como lo que son, la otra parte de la realidad humana para la continuación de la especie, hacen que Sara tenga una relación aguada con un señor de la capital con el que tuvo una cosa que no puede llamarse exactamente noviazgo. Pero, he aquí que Alfonso es quien desempeña el papel de guía, de antesala, en el mundo jungloso y controvertido de la capital. Alfonso, hombre de mundo y pulcro de actitudes, la introduce en medios y hasta cierto punto la desasna. Actúa, en su momento oportuno, de detonante sin proponérselo. En cierta medida el tal Alfonso la subestima y sin echarle en cara su provincialismo, sí le reprocha ciertos modales poco ciudadanos. Ella, sin sentirse ridículamente ofendida, ve en esos reproches el aguijón que necesita para proyectarse hacia adelante. Toma las impertinencias de Alfonso como crítica constructiva y en ello se basa para hacerse una personalidad fuerte y decidida, aunque no de hierro, coraza de amarguras. Y es que Sara Agudo es una mujer totalmente a salvo de complejos y susceptibilidades melindrosas. Como el fénix, sabe resurgir de las ruinas de un bache, renaciendo a cada nueva oportunidad, dispuesta a llevarse el mundo por delante sin arrogancia ni soberbia.

El mundo de la gaznápira es uno de eternos descubrimientos, que la interesada va realizando sin proponérselo de forma precisa. Los acontecimientos van afluyendo constantemente, como un goteo mágico, que culmina en maravillosa fuente. Sara Agudo descubre el mundo de los libros, la otra mitad del rompecabezas que iniciara el día que se dijo que quería ser periodista. Voraz lectora, recurre a artes poco conocidas como en la Feria del Libro, leerse la última novela de a capítulos, kiosko por kiosko. Y entonces se lanza a la creación, mediante un ejercicio también original e ingenioso: a su compañera de vivienda, Gabriela, le pide que le dé una palabra como pauta y de allí la escritora en potencia elabora relatos. En los que muy bien podría pensarse a la hora de leer *La Gaznápira*, ya que la obra no viene presentada en capítulos, sino en «relatorias».

Ni que decir tiene que *La Gaznápira* es novela representativa de la sociedad española bajo el franquismo. Una sociedad totalmente desvinculada de la nación oficial, es decir, de los esquemas culturales trazados por el régimen. El estrecho desarrollo que se iba gestando a mugidos bajo la mordaza de la censura, produjo un movimiento en la inercia —valga más que nunca la paradoja— cuya eruptiva eclosión

aún no ha terminado. La transición política y todo lo que durante ella se ha visto, no es sino el comienzo de una época, ¿y quién se atreve a vaticinar el final y la frontera que marque el punto de partida de otro movimiento o escuela? Si Sara Agudo, la gazznápira, no es el personaje clásico que produjo la España reprimida, sí lo es Gabriela, la compañera, la confidente, la mujer de mundo, la que «usa los tíos y luego los tira como pañuelos desechables». Gabriela trata de completar la obra de Alfonso, desde otra vertiente, por supuesto, pero sin llegar a cumplir nunca su objetivo. Y si no llega es simplemente porque Sara no es terreno abonado para dichos menesteres. la gazznápira observa, aprende, se deja instruir, pero nunca arrastrar. Firme en sus trece, sabe hacer de Gabriela la compañera, pero no por ello convertirse en su sombra, en el reflejo fiel de quien en apariencia es superior y arrolla al mundo con su persona. Gabriela es la despabilada por antonomasia y quien puede despabilar al más tímido y corto. Pero la gazznápira, corta y tímida, tiene por dentro una personalidad férrea y es únicamente ella la dueña de sus decisiones. Gabriela, con toda su mundología a cuestas, no puede menos que dejar que se inviertan los papeles y ser ella quien recurra de cuando en cuando al ejemplo de la amiga provinciana y poco enterada de las cosas de este mundo. La admira, la venera, la quiere como a una hermana pequeña pero a la vez mayor en fortaleza espiritual. Sara Agudo parece no perdonarse nunca, cuando un día, de corresponsal de un gran diario de Nueva York, recibe la noticia del suicidio de Gabriela y por un asunto que en la gazznápira hubiera parecido de lo más trivial y fácilmente resolutivo: una desilusión amorosa.

El trajinado y cada vez más tópico «retorno a las raíces» sirve como colofón a esta admirable novela de Andrés Berlanga. Sea tópico o no el tratamiento a este sentimiento de nostalgia y búsqueda de lo que quedó atrás, lo cierto es que el traslado de la provincia al cemento daría mucho por volver al pueblo, a la boina, al traje de pana. Sara Agudo tampoco ha roto de modo definitivo con el cordón umbilical que la mantiene unida a los orígenes. En las sucesivas idas y venidas a Monchel desentreda la madeja con que teje la labor de balance en la que está ocupada al traspasar la cuarentena. Nueva generación puebla las calles, los bares y el alma del país. No hace demasiado tiempo que ella, Sara Agudo, la gazznápira, era una joven provinciana procurando ganarse un sitio en el mundo, en el contaminado ambiente de la capital. Apenas ha tenido tiempo para ganarse lo que posee y consolidar lo que intenta sea su sitio para siempre, cuando ya «demasiados te tratan de usted» y el léxico empleado por la mocedad impone una distancia de la que hasta el momento no había sido consciente. Entonces no puede menos que asustarse, y hasta se da cuenta que todavía hay algunas cosas que no ha resuelto por completo. Como por ejemplo, aquel detalle que es la sorpresa de un varón demasiado apasionado, que ante su drástico rechace le espeta: «Creía que estaba liberada». Gabriela, la entrañable suicida, debido a este pequeño asuntito sin solucionar, cariñosamente la llamaba Virginia.

Así como de vuelta a las raíces hay en el personaje encarnado por la gazznápira, en la obra propiamente dicha, está presente un regreso al costumbrismo, como se decía al comienzo de este trabajo. La evolución que presenta la literatura en la actualidad, dificulta la labor concienzuda de géneros prácticamente en extinción. Porque resulta complejo hoy escribir una novela que tenga los ingredientes de las narraciones de